

A t e n e a

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año X

Julio de 1933

Núm. 99

Clemente Palma

RECORDANDO A UNA GRAN MUJER

HA treinta años mi profesor de Derecho Civil y notable internacionalista doctor Cesáreo Chacaltana, que me distinguía con su estimación y leía mis cuentos y artículos críticos en los diarios de Lima, me había ofrecido ayudarme a que realizara mi sueño dorado de viajar por Europa. Era el gobierno del presidente Romaña y don Cesáreo fué llamado a la cartera de Relaciones Exteriores. A los pocos días fuí a su despacho para cumplimentarle y principalmente para recordarle su ofrecimiento, juzgando que la oportunidad no podía venir más a pelo. Don Cesáreo sonrió bondadosamente, y llamando a un empleado le ordenó que le trajera una relación de los consulados que hubiera vacantes o en los que se pudiera hacer alguna combinación por tramitarse licencias, traslaciones o permutas. Al poco rato nos indicaba el empleado que los únicos consulados vacantes eran los de Yokohama y Calcuta. En Europa sólo el Consulado de Barcelona aparecía desempeñado por el vicecónsul porque el titular, a quien le había sentado mal el clima se había ido a Suiza o Italia. ¡Oh Yokohama... las geishas de Loti... las mousmés... Madama Crysanthème... el Yoshiwara! ¿Qué vacilación cabía? Don Cesáreo me

aconsejó que no tuviera prisa y esperase un poco la oportunidad mejor, y que antes de resolverme meditara siquiera cuarenta y ocho horas. Pero a los veinticinco años no se tiene paciencia. Sin embargo consulté con mi padre y él me resolvió optar por Barcelona. Al día siguiente volví a importunar al ministro, pidiéndole ese consulado. Se puso serio y se rascó la frente... Lo sentía mucho, no podía ser: el titular era un personaje de campanillas a quien no se podía destituir, y, además, desempeñaba el cargo *ad honorem*. Pues, si puede ser, le contesté al ministro. ¿Cómo? Muy sencillo, yo le arrancaré a ese señor su renuncia. Y así fué como pudo ser. Escribí a ese caballero una carta tan llena de reflexiones y argumentos—mi mejor pieza literaria—fuí tan convincente en mi dialéctica saturada en el empeño de desplazarlo, que tres meses después, simultáneamente con una respuesta muy atenta y satisfactoria de mis anhelos llegaba al Ministerio la renuncia titular del cónsul en Barcelona. Dos meses después me paseaba por las Ramblas de la ciudad condal y admiraba a sus rozagantes *noyas*. Y mientras se tramitaba la expedición de *exequatur* real de mis credenciales republicanas, me fuí a Madrid, haciendo antes una escala de pocos días en una aldea de Pamplona para cumplir un encargo, y en donde los aborígenes reunidos en el andén, y avisados de mi llegada, trabucaron la categoría modesta de mi cargo y me suponían... rey del Perú.

Demás es decir si llevaría cartas de presentación de mi padre para las personalidades de mayor relieve en el mundo literario madrileño, con el que conservaba continua relación desde hacía diez años en que estrechaba amistad personal con los más ilustres intelectuales españoles. No es mi objeto relatar en esta crónica respectiva de mi estada en España mis contactos y observaciones sobre los escritores que conocí, sino referirme simplemente a una gran mujer que pugnó

con méritos sobrados para ingresar a la Real Academia de la Lengua Española—teniendo más lengua que todos los académicos juntos, y que se murió sin conseguir su justo empeño. Me refiero a doña Emilia Pardo Bazán, de la que me viene el recuerdo ahora que otra mujer ilustre, doña Blanca de Ballesteros, que además es una hermosísima mujer, ha sido incorporada en la Academia de la Historia, rompiéndose así dentro del ambiente republicano y socialista de la España de hoy, la tradición de misoginismo de las Academias.

Una tarde a que correspondió el turno de mi carnet de visitas a la insigne autora de «San Francisco de Asís», de «Morriña» y de tantas obras admirables de penetración psicológica y de energía descriptiva, me presenté en la casa de la condesa de Pardo Bazán. Era una dama ya jamona, de ojos vivos y cómplices o camaradas de la lengua, de opulenta carnación, pero ágil, no obstante de los tormentos más que de la naturaleza misma de los artificios y atavíos de la moda constrictora, y que sólo de algunos años a esta parte, ha desistido de las torturas a la expansión muscular, sustituyéndolas con las de los regímenes internos de modificación o conservación de la línea. Doña Emilia era una viuda que se preocupaba mucho del indumento. Me recibió con llaneza y bondad, con lo que desvaneció no poco el encogimiento y timidez que me deprimían el ánimo en presencia de personajes de tan alta categoría intelectual. Conversamos largo sobre temas generales de literatura mundial y americana, y en todos ellos se expedía la dama con discreción y conocimiento documentado de la materia, y sobre todo con una frondosidad verbal, fecunda y desbordante que me expelía al borde de la calzada o me dejaba retrasado dada la lentitud y pereza con que las ideas acudían a mis labios, y que la dama tomaba como cabos para tirar del ovillo inagotable que tenía en la cabeza. La verdad es que yo estaba muy agradecido a

la locuaz dama que no me dejaba casi hacer baza sino cuando por un natural descanso respiratorio o por un lógico punto y aparte, podía intercalar yo un juicio sintético y observación ligera, que naturalmente servía de nuevo arranque para su verbosidad irrefrenable. Dos horas me tuvo la admirable mujer y ya avanzaba la noche, cuando me despedí de ella llevándome como un recuerdo de la inolvidable visita un ejemplar de uno de sus últimos libros con la respectiva autógrafa. Y no quedó allí la cosa. Sabedora de que don Juan Valera me había invitado para sus lunes literarios, a los que ella concurría a veces, me invitó a que pasara por ella después de que tomáramos el five o clock en el que su madre, la condesa de Pardo Bazán, nos haría probar un ponche cuya receta había encontrado manuscrita en el ancho margen de un viejo cronicón del siglo XVI, que por curiosidad se había puesto a registrar en la biblioteca del castillo en visita reciente que había hecho.

Antes de las cinco del siguiente lunes estaba yo en la casa de doña Emilia, recibéndome su hija Blanca Quiroga y Pardo Bazán, y a poco llegaba doña Emilia que venía de una reunión de señoras de una congregación religiosa y caritativa de damas. Hubo un tiempo en que a la insigne escritora, no obstante su noble alcurnia y señorío le tuvo alguna ojeriza la alta sociedad madrileña porque se la consideraba descreída y osada en sus ideas religiosas y filosóficas. Su libro estudiando el naturalismo en la novela y en el arte la indispuso no poco con las gentes parsimoniosas y ortodoxas para quienes el naturalismo era sinónimo de pornografía. Para borrar el mal ambiente que se le hacía doña Emilia consagraba todo el tiempo de que podía disponer en congregaciones y actuaciones piadosas.

A poco de entrar la señora Pardo Bazán llegaron dos o tres personas de la intimidad de la familia a quienes como a este pobre indiano había invitado a

probar el famoso ponche medioeval. Era la condesa de Pardo Bazán, madre de la escritora, una viejecita de unos setenta y cinco años, blanquísimo el cabello, menuda y de fisonomía de rasgos finos, que debieron acusar una belleza notable que la ancianidad había marchitado, pero no borrado. Agil y distinguida en sus movimientos, la buena señora nos refirió cómo había dado con la receta, que probaba que la castellana había sido muy mujer de su casa y ordenada, y que no teniendo las libretas de notas y apuntaciones que ahora se estilan, aprovechó para conservar los ingredientes y las dosis de ellos en la confección de un ponche sin duda deleitoso para su marido y señor, los márgenes de un librote piadoso, la crónica de una orden religiosa, hermanando así lo divino y lo humano.

A las seis de la tarde salimos de la casa, la eminente escritora gallega y el garrapateador perulero de cuentos y garrulerías críticas. Un simón de plaza nos condujo a la casa de don Juan Valera a donde llegábamos cinco minutos después.

Cuatro o seis escritores, unos célebres ya en el mundo de las letras como Salvador Rueda y otros que eran distinguidas promesas como Danvila, mozo de veintiocho años cuando más, rodeaban al glorioso anciano ciego, autor de «Pepita Jiménez». Presentóme don Juan a sus amigos y como era de tabla versó, de primera intención, la charla sobre mi padre y sus campañas en la Academia por la adopción en el diccionario castellano, de no pocas palabras americanas y especialmente peruanas legítimamente derivadas de la lengua madre, tal entre otras del verbo *presupuestar* que tenía un sentido burocrático y técnico que lo hacía distinto del verbo *presuponer* de acepción abstracta. De los americanismos la conversación derivó en tópicos de literatura americana, y de allí sin que nos diéramos cuenta vinimos a caer en algunas grandes obras maestras de las letras universales, y se fijó la charla en el

Hamlet, y en las similitudes de meollo íntimo y de sentido filosófico que tenía con *La vida es sueño*, yéndose como era natural entre tan castizos españoles a dirimir superioridades y a discurrir sobre si Shakespeare cuando creó la figura de su príncipe danés pudo o no pudo conocer al Segismundo de Calderón de la Barca; sobre la genialidad de los dos grandes poetas dramáticos, sobre la intensidad de las dos creaciones y el valor del problema filosófico encarnado en los dos protagonistas centrales de esas inmortales creaciones. Don Juan Valera con su palabra serena y ágil hizo el análisis de las situaciones y la exegésis de las inquietudes psicológicas de ambos, frente a los problemas de la vida, generados por las terribles situaciones en que se encontraron Hamlet y Segismundo, estudió las condiciones de cultura del poeta inglés y del español, y expuso las contradicciones, errores, descuidos y disparates frecuentes en que por ignorancia y hasta por desconsideradas piraterías del ex-cómico en las comedias y dramas de Johnson y otros comediógrafos y dramaturgos contemporáneos, estaban plagadas las obras teatrales de Shakespeare. Y saltó con los debidos velos el cargo de morbosas desviaciones por lo menos sentimentales que se deducían de algunos sonetos... En fin que don Juan Valera, para exaltar y descollar la genialidad de Calderón, puso al poeta inglés cual digan dueñas. Los demás escritores, sea por sincera uniformidad de criterio o por acendrado españolismo, aportaban observaciones, citas y juicios que apuntaban y afirmaban el concepto de don Juan Valera de la supervalía genial de Calderón y sobre la preeminencia que la *Vida es sueño* tenía como estructura clásica sobre el *Hamlet*.

Yo escuchaba con admiración y respeto la disertación de don Juan Valera y me daba clara cuenta del españolismo que predominaba en su criterio y en el de sus amigos; pero estaba muy lejos de compartir un modo

de pensar tan depresivo para la obra cumbre del gran inglés. Y rogaba, a todos los santos que no me pidieran opinión, porque poco ducho en las artimañas dialécticas, no habría sabido tener la habilidad necesaria para sin herir la vanidad española, oponer mi admiración ilimitada al genial inglés y mi juicio enteramente distinto respecto a los valores comparativos entre Shakespeare y Calderón. Felizmente, la insignificancia de este pobre cura de las Indias Occidentales se afirmó con la briosa intervención en el debate de «la inevitable Emilia» como la calificara alguien. Varias veces había intercalado rectificaciones a las citas y desmentidos autorizados de los cargos ridículos de plagio que algunos detractores de Shakespeare habían hecho correr por el mundo. Y cuando le llegó el momento de asumir la defensa extensa del genial poeta inglés, su verbosidad nutrida de argumentaciones, evidentemente más sólidas y desapasionadas se hizo brillantemente torrentosa. Desmenuzó con habilidad los razonamientos más efectistas que lógicos, más de pasión que de verdad que se habían expuesto. La universalidad de los arquetipos de la creación shakespeariana no toleraban más comparación que la de don Quijote. Mientras Hamlet y Ofelia, Lady Macbeth y Otelo, Shylock y Falstaff, eran como el hidalgo manchego, símbolos de calidades humanas llevadas a una excelencia de vigor representativo insuperables, la figura de Segismundo resultaba al lado de ellas esmirriada, vagando en el mundo de la cultura de los eruditos de primero y segundo grado sin penetrar en el alma, en la entraña misma de la humanidad vulgar. Es tonto echar sombras sobre la personalidad del gran inglés y echarle en cara sus incongruencias, anacronismos anatopismos y filibusterismos, que sólo sirven para demostrar lo contrario de lo que se quiere probar, puesto que sólo la fuerza arrolladora de una genialidad superhumana habría podido hacerle levantar con mate-

riales tan inferiores como se sostenía una arquitectura tan elevada que se la divisa y admira de todos los ámbitos del universo a través del tiempo y de todos los planos de la cultura humana. Ni se aumenta ni decrece el brillo estelar de Calderón de la Barca, porque en el firmamento intelectual destaque con mayor fulgor la estrella británica. El cielo es suficientemente grande para que no se estorben ni se desplacen unos astros a otros. Ni Homero opaca a Dante, ni Cervantes a Shakespeare, ni Goethe a Víctor Hugo; y la humanidad no se engaña al fijar ante el acervo generoso de pensamiento y arte que han acumulado siglos, la tabla de valores supremos y de entidades superiores, representativas de las diversas formas de la energía espiritual. Las discriminaciones y análisis de los eruditos no tienen fuerza para desvalorizar las certeras consagraciones del tácito plebiscito de la humanidad, que se pone al margen de las influencias perturbadoras del criterio, porque la obra del genio no es para ser ponderada, tamizada y dosificada en fríos análisis de laboratorios de intelectuales, que representan, siempre vanidades raciales, orgullos, resquemores, limitaciones apasionadas, prejuicios, orientaciones peculiares de momentos y puntos de vista circunstanciales. No comparemos a Calderón de la Barca con Shakespeare, ni *La Vida es Sueño* con el Hamlet ni a Segismundo con el príncipe de Dinamarca, para probar por *a* más *b* que don Pedro es *más* genio que don Guillermo: podrán esas probanzas fundarse en un gran acopio de razones, porque para todo da el discurso crítico, pero todo ello quedará encerrado dentro de las cuatro paredes de nuestro *enragé* y petulante españolismo. ¿Qué saca el mundo con que los estudiosos astrónomos nos digan que la estrella Alfa del Centauro sea como volumen y poder luminoso cien mil o más veces mayor que el sol, si para arreglar nuestros relojes, gozar de las primaveras, achicharrarnos con el estío y helarnos

con los inviernos, nos guíemos por nuestro astro, de luz y calor? Son verdades muertas de gabinete; las verdades vivas y que dan vida, alegría y luz son estas que vemos y sentimos todos los días ostentarse en nuestro firmamento de noche y de día, lejos de los cálculos algebraicos y las paralajes, que con toda su meticulosa sabiduría pasan a ser cuchicheos de comadres sabias...

Esto y mucho más dijo la valiente mujer en el curso de su flúida disertación. Desde luego no afirmo que lo que apunto sea exactamente lo que dijo doña Emilia; pero sí que es algo así como una sumilla incompleta y reposada en mis borrosos recuerdos de treinta años atrás. No sé si vivirán todos los que estuvimos en ese lunes de don Juan Valera; por lo menos hay uno: Alfonso Danvila. Tampoco afirmo que doña Emilia se despachara de un tirón todos los tópicos apuntados. A cada momento era interrumpida y atacada por los asistentes, rectificando una frase o un juicio, desmenuzándole algún argumento con citas de comentadores de Shakespeare, etc. Para todos tenía respuesta doña Emilia; pero al fin, ante la unanimidad del ataque, hubo un momento en que se volvió hacia mí.

—Y usted, Palma, no ha dicho su opinión en este juzgamiento de la genialidad de Shakespeare... ¿Es acaso de los que dan la primacía a Calderón de la Barca?

—Bien, bien... dijo con voz cariciosa don Juan Valera—que nos diga el joven escritor peruano su concepto sobre nuestro gran dramaturgo, que también es gloria de América y de doquiera se hable el castellano y circule la sangre española.

¡Santo Dios! ¿Por qué no se abrió un escotillón bajo mi butaca y se la tragó con su contenido? Sentí que un sudor frío humedecía mi frente y que la garganta se me ponía como estopa. Reaccioné en un supremo esfuerzo de voluntad contra mi timidez, acopí rápida-

mente recuerdos de mis lecturas y de mis impresiones directas de la obra de Shakespeare y lentamente, con voz que seguramente era vacilante, y opaca comencé a hablar y ya más caldeado expresé mi semejanza de opinión con la de doña Emilia, rechazando el paralelismo entre el genio inglés y el gran poeta español. Seguramente dije muchas sandeces, pero me afirmé en la convicción de que había defendido la buena causa.

Poco después dejaba a doña Emilia Pardo Bazán en su casa. Tres o cuatro días más tarde regresaba yo a Barcelona. No volví a ver más a don Juan Valera ni a la gran mujer. Supe que en una vacante de la Academia de la Lengua, postuló la insigne escritora en vano. Posiblemente los manes de Calderón de la Barca le pusieron estorbos. Poco tiempo después don Juan Valera fallecía, y algunos años después la insigne autora de «San Francisco de Asís» también emprendía el viaje al Eliseo, en donde habrán renovado su debate sobre el valor de la *Vida es sueño* y, lo que es más interesante, habrán resuelto si lo es efectivamente así como el reverso, o sea si la muerte es despertar.

Santiago, Marzo 26 de 1933.